

La duplicación del inconsciente en la obra freudiana y sus consecuencias para la clínica psicoanalítica

The duplication of the unconscious in the Freudian work and its consequences for the psychoanalytical practice

Cinthy Pérez González¹,
Fernando García Quezada
Raymundo Rangel Guzmán²

*Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
México*

Resumen

La lectura de lo inconsciente tanto en psicología como en psicoanálisis tiene fuertes repercusiones en varios aspectos de la práctica clínica: la forma en cómo el psicólogo escucha a sus pacientes, la manera de leer la etiología de las formaciones sintomáticas, y sobre todo la técnica que el clínico utiliza para aproximarse a eso denominado inconsciente.

En el presente artículo se problematiza lo inconsciente freudiano a partir de los conceptos de compulsión de repetición y pulsión de muerte, además de sus efectos para la clínica psicoanalítica. La duplicación de lo inconsciente

¹ Licenciados en Psicología por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
Contacto: cinthya.perez.gonzalez@gmail.com, powerkof@msn.com

² Maestría en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Querétaro. Contacto: rrgqro@yahoo.com

freudiano propuesta por Massimo Recalcati (2007), retomada de la obra de Jacques Lacan (1960), sostiene un paso del inconsciente como lugar del deseo reprimido hacia el abismo de la pulsión de muerte que permitirá regresar a la lectura de Freud y reflexionar sobre ciertos conceptos clave para el psicoanálisis tales como la etiología del padecimiento psíquico, la transferencia y la cura.

Palabras clave: inconsciente freudiano, deseo reprimido, pulsión de muerte y compulsión de repetición.

Abstract

The reading of unconscious in both the psychology and psychoanalysis, has strong consequences in the way the psychologist listens to his patients, the way he or she reads the symptoms etiology and the technique that uses to go towards the unconscious. In this article, the Freudian unconscious is problematized from the notion of repetition compulsion and death drive, as well as their effects on the psychoanalytical clinic. The double-side unconscious proposed by Massimo Recalcati (2007) and taken from the work of Jacques Lacan (1960) supports a passing from the unconscious as place of the repressed desire to the depth of the death drive. Such condition will allow us to come back to Freud reading and reflecting on key concepts such as the etiology of the psychic disease, transference and curing.

Keywords: Freudian unconscious, repressed desire, death drive and repetition compulsion.

Introducción

El inconsciente es un concepto sumamente sensible, la forma en cómo éste se aborda define la posición del analista en su manera de hacer “clínica”. Su aceptación no solo define a los partidarios del psicoanálisis, sino también a sus contrarios, por eso Freud (1923/2006) lo definía como el *shibboleth*³ del psicoanálisis. La marca que imprime este concepto exige entonces una visión amplia y a su vez confianza en quien lo funda, de ahí que los efectos en la historia desde su aparición, hayan modificado sin buscarlo, la manera de ver la enfermedad, la manera de hacer clínica, y con ello la posición del “médico-analista”. De manera similar es la aceptación o el rechazo de la pulsión de muerte lo que genera actualmente división en el campo del psicoanálisis.

³ Shibboleth. Se refiere a cualquier uso de la lengua indicativa del origen social o regional de una persona, y de forma más amplia cualquier práctica que identifique a los miembros de un grupo, una especie de contraseña (De la Fuente, 1974).

Lacan (1960) muestra en su clase titulada “La pulsión de muerte la diferencia entre la teoría freudiana y el evolucionismo”. Dicha diferencia la encuentra a partir de la pulsión de muerte, cuya presencia en la obra freudiana le parece simplemente sospechosa e indicio de que el origen de la cadena significativa tiene un orden distinto al de un significante originario. En esta misma clase, Lacan plantea que la pulsión posee un dominio de creación ex nihilo, “en tanto introduce en el mundo natural, la organización del significante” (p. 130). Ante ello, no queda más que suponer que Lacan observó en Freud una construcción del inconsciente diferente a la propuesta por los teóricos post-freudianos; es decir la del inconsciente que se estructura de la nada, “del campo de dominio de la cosa freudiana en donde se cuestiona todo lo que puede ser” (Lacan, 1960, p. 129).

Es a partir de la lectura de Lacan y más precisamente a partir del concepto de pulsión de muerte, que Recalcati (2007) sugiere una duplicación del inconsciente en la obra freudiana. Para él el inconsciente freudiano muestra dos lecturas que subsisten sin aniquilarse: la del inconsciente como lugar del deseo reprimido y la del inconsciente como lugar de la pulsión de muerte, que serán descritas a lo largo de este artículo.

A la par del término inconsciente, se encuentra el de repetición. En una de sus conferencias, Nasio (2013) se pregunta al respecto:

¿Qué es el inconsciente?- A lo que responde: Sin negar que está estructurado como un lenguaje, que es una estructura del lenguaje, prefiero considerarlo esta tarde como una pulsión, como una fuerza. [...] La experiencia clínica me ha enseñado que existe otro poder del inconsciente, más irresistible todavía y al que quisiera consagrar esta conferencia: es el poder de empujarnos a repetir; nuestra vida late al ritmo de la repetición que el inconsciente impulsa (p. 1).

A opinión de Deleuze (1981) la duplicación del inconsciente corresponde con un abordaje negativo y otro positivo de la compulsión de repetición; correspondiendo a lo inconsciente como lugar del deseo reprimido una valencia negativa que sitúa a la repetición bajo una definición nominal, y a lo inconsciente como lugar de la pulsión de muerte una valencia positiva por sostener a la repetición como algo que no se encuentra constituido, es decir carente de objeto.

De esta forma es la pulsión de muerte lo que somete al psicoanálisis y precisamente a Freud, ante la dificultad de no poder precisar lo que se repite. Por eso, en el momento en que Freud (1920/2006) otorga un carácter regresivo a la pulsión, su legado se modifica y la repetición no puede ser simplemente vista como la reaparición de un objeto, conducta o síntoma, sino como la construcción de algo que se juega más allá del principio de placer.

Es entonces que al tomar como punto de referencia la duplicación del inconsciente resulta necesario reflexionar sobre la manera de definir y abordar la enfermedad. A continuación se esbozarán distintos momentos de la obra freudiana en los que se distingue a la repetición en su relación con el inconsciente. Posteriormente se señalan las consecuencias que tendría para el clínico el situarse ante una u otra lectura a partir de la lectura de Freud.

El inconsciente como el lugar del deseo reprimido y la compulsión de repetición

El pilar del psicoanálisis es lo inconsciente, pero para que esta idea pudiera considerarse una premisa inamovible antes se debió comprobar su existencia. Las pruebas que Freud (1896/2006) aportó a tan relevante giro surgen del tratamiento de pacientes diagnosticadas con histeria. El eterno retorno de los síntomas es lo que dio inicio a una nueva teoría y a la asociación entre lo inconsciente y la compulsión de repetición.

En los inicios de la obra freudiana el inconsciente estuvo dotado de una noción de profundidad. Para Freud (1896/2006) “llegar a lo inconsciente” significaba la eliminación del padecimiento. En su intento de “capturarlo” el padre del psicoanálisis utilizó diferentes herramientas, tales como la hipnosis y la abreacción que permitían un cese momentáneo de los síntomas. Estos procedimientos arrojaron como primer indicio que lo inconsciente estaba constituido por un evento traumático, el cual debía ser abreaccionado para eliminar su poder patológico. Sin embargo, este método se topó con un límite, ya que tan pronto como se lograban llenar las lagunas de recuerdo, y acceder a tal momento, el síntoma que aquejaba al enfermo desaparecía, pero con ello, un nuevo síntoma venía a presentarse. La abreacción fue reemplazada en 1892 por la asociación libre, y será gracias a este método que Freud reconocerá en la fantasía la energía necesaria para eternizar el padecimiento, y posteriormente asociarla con el deseo reprimido.

En el artículo “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis”, Freud (1906 /2006), introduce todo un apartado sobre la importancia de la fantasía (deseo reprimido) en la contracción de la neurosis:

El material todavía limitado de entonces me había aportado, por azar, un número desproporcionadamente grande de casos en que la seducción por adultos u otros niños mayores desempeñaba el papel principal en la historia infantil. Sobrestimé la frecuencia de estos sucesos (los cuales por otra parte no pueden ponerse en duda), tanto más cuanto que a la sazón yo no sabía distinguir con certeza entre

los espejismos mnémicos de los histéricos acerca de su infancia y las huellas de los hechos reales; desde entonces he aprendido, en cambio, a resolver muchas fantasías de seducción considerándolas como unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil) (p. 265-266).

A su vez, es en el historial sobre “El hombre de los lobos” (Freud, 1918/2006) y en la conferencia “La fijación al trauma, lo inconsciente” (Freud, 1916-17/ 2006) donde se problematiza la esencia de la escena primordial y donde se desplaza el núcleo de la neurosis del trauma infantil a la fantasía, y que posteriormente en “Más allá del principio de placer” (Freud, 1920/2006) servirá como lazo para hablar de la pulsión de muerte:

La neurosis sería equiparable a una enfermedad traumática y nacería de la incapacidad de tramitar una vivencia teñida de un afecto hiperintenso. Toda neurosis contiene una fijación de esa índole, pero no toda fijación lleva a la neurosis, ni coincide con ella, ni se produce a raíz de ella. [...] No concedamos, entonces importancia excesiva para la caracterización de la neurosis a este solo rasgo, por regular y significativo que sea (p. 252-253).

Sobre la escena primordial se concluye que no es su verificación lo que le adhiere importancia sino la esencia del deseo reprimido que en ella se esconde. Para Freud el orden del deseo reprimido se encuentra en lo sexual que se inaugura a raíz de la primera(s) vivencia(s) de satisfacción. Dichas vivencias son definidas en la Interpretación de los sueños (Freud, 1900/2006) como identidad perceptiva, donde la satisfacción del deseo se logra a través de la alucinación.

La satisfacción de las necesidades orgánicas en el niño, inauguran el deseo y la necesidad, no solo como un estímulo orgánico sino como un estímulo pulsional. Tal modificación hace perpetua la búsqueda de la identidad perceptiva estableciendo continuamente formaciones de compromiso entre el deseo y el principio de realidad.

A partir del concepto de identidad perceptiva Freud perfila la idea de lo inconsciente y de compulsión de repetición en términos de profundidad y de distorsión del objeto al cual se enlaza la pulsión. De esta forma el deseo a través del proceso de la represión se extiende hacia otras representaciones que deben ser desfiguradas, pero siempre escondiendo una primera representación, lo cual es característica de la compulsión de repetición como lugar del deseo reprimido. Sobre ello Freud (1915b/2006) comenta en el texto de “Lo inconsciente”:

La represión no consiste en cancelar, en aniquilar una representación representante de la pulsión, sino en impedirle que devenga consciente. Decimos entonces que se encuentra en el estado de lo <<inconsciente>>, y podemos ofrecer buenas pruebas de que aun así es capaz de exteriorizar efectos, incluidos los que finalmente alcanzan la conciencia. Todo lo reprimido tiene que permanecer inconsciente, pero queremos dejar sentado desde el comienzo que lo reprimido no recubre todo lo inconsciente. Lo inconsciente abarca el radio más vasto; lo reprimido es una parte de lo inconsciente (p. 161).

De las modificaciones que tiene que sufrir el sistema inconsciente en su transición a la conciencia, se distingue al sueño y al síntoma como formaciones “anormales” que se logran gracias al proceso de la regresión. La represión en ambos casos permite distorsionar de manera suficiente el deseo infantil y generar las formaciones de compromiso necesarias para salvaguardar el principio de realidad.

Otro ejemplo de este funcionamiento regresivo es el complejo de Edipo, “ya que con su sepultamiento se tiene la formación del ideal del yo, la cual deja una expresión duradera en el carácter del yo, encubriendo la identificación primera y más importante del individuo, la identificación con los padres” (Freud, 1923/2006, p. 3).

En conclusión la lectura de lo inconsciente como lugar del deseo reprimido comprende a la formación de compromiso como aquella herramienta que utiliza el deseo en su intento de ser saciado. Bajo esta lente existe una representación originaria (los padres, una parte del cuerpo) en la que se establece el motor de la repetición. Para el Freud de esta época sólo era necesario exhibir los diferentes disfraces empleados por el deseo, para ponerlo al descubierto y así descargarlo de su energía patológica. Dando así origen al karma freudiano que establece que mientras algo no se recuerda y no se elabora, se repite. En esta lectura, la memoria será la cura (Recalcati, 2007).

El inconsciente como lugar de la pulsión de muerte y la compulsión de repetición

Para Recalcati (2007) la pista que pone a Freud sobre la pulsión de muerte, no es ni más ni menos que el trauma y su extraña tendencia repetitiva que conlleva una sensación displacentera.

El camino que recorre Freud hasta situar este tipo de pulsión antinatural, como lo parecería en un primer momento, exige una revisión exhaustiva del concepto de pulsión. En su obra Pulsiones y destinos de pulsión,

Freud (1915c/2006) establece que una pulsión es:

Un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma [...] Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante” (p. 108).

Dichos representantes son elementos del mundo exterior a los cuales la pulsión se ha anclado como consecuencia de un vínculo asociativo para encontrar así una vía de descarga que concuerde con el principio de realidad.

La anterior definición coloca a la obra freudiana en un momento que puede ser catalogado como optimista donde todos los intereses y deseos humanos se remontan a las pulsiones sexuales y de auto conservación, es decir hacia la vida. No obstante esta tendencia positiva tuvo que ser modificada después de que Freud encontrara cierta resistencia en sus pacientes a mejorar.

Sin duda, es el sueño en la neurosis traumática lo que hace cuestionar a Freud el imperio del principio de placer. En “La Interpretación de los sueños” (1900/2006) se establece que todo sueño es un cumplimiento de deseo, siendo en los primeros años de vida de carácter alucinatorio. El deseo contenido en los sueños se ve deformado por los mecanismos de desplazamiento y/o condensación con el fin de evitar displacer para el Yo. No obstante en Más allá del principio de placer (1920/2006) a Freud le parece incomprendible que en las neurosis traumáticas el sueño conduzca una y otra vez a la situación penosa, repitiendo displacenteramente el displacer vivido. Esta paradoja le permite establecer una función al aparato psíquico preliminar al principio de placer, siendo esta la ligadura. En el caso de las neurosis traumáticas el estímulo exterior es tan alto que la ligazón deviene imposible y fracasa en su intento de protección al Yo. La repetición se convierte entonces en un intento fallido del aparato por ligar el estímulo.

El sueño pondrá a Freud sobre el rastro de una pulsión de índole destructiva pero será hasta “Más allá del principio de placer” que modifique su clasificación pulsional agregando una pulsión de esta naturaleza:

En algún momento, por una intervención de fuerzas que todavía nos resulta enteramente inimaginable, se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida. Quizá fue un proceso parecido, en cuanto a su arquetipo {vorbildlich}, a aquel otro que más tarde hizo surgir la conciencia en cierto estrato de la materia viva. La tensión así generada en el material hasta entonces inanimado pugnó después por nivelarse; así nació la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado” (Freud, 1920/2006, p. 38).

Sin duda lo que permite a Freud hacer una formulación de este tipo, es la asociación que establece entre lo pulsional y la compulsión de repetición. A partir de 1920 la repetición sigue un comportamiento pulsional que se define como conservador, por apuntalar hacia un estado inanimado:

¿Cómo es que vivencias en todo sentido penosas del período sexual de la primera infancia se conquistan, a pesar de todo, algún tipo de reproducción? Me vi obligado a concederles una pulsión ascensional de intensidad extraordinaria, como una «compulsión de repetición» capaz de yugular al esfuerzo de desalojo {Verdrängung, «represión»} que gravitaba sobre ellas al servicio del principio de placer (Freud, 1923/2006, p.119).

En consecuencia Freud (1923/2006) se ve obligado a modificar la clasificación pulsional en su artículo El Yo y el Ello. Esta modificación consistió en agrupar las pulsiones sexuales y de autoconservación bajo el nombre de Eros, y del otro lado la pulsión de muerte. Paradójicamente reconoce en ambas un comportamiento conservador que pugna por restablecer un estado perturbado por la génesis de la vida. Otra situación de apariencia extravagante consiste en que ambas pulsiones se encuentran ligadas y entremezcladas en cantidades desiguales en cada fragmento de sustancia viva. Para Freud dichas mociones pulsionales obedecen al proceso primario que pugna por una descarga inmediata; siendo la mezcla entre Eros y la pulsión de muerte lo que logra neutralizar a esta última y desviarla en parte a través de la musculatura hacia los objetos del mundo exterior en forma de pulsión de destrucción o de poder, lo cual se define como sadismo primario y que no puede entenderse como una forma de somatización sino se toma en cuenta lo expuesto en “El problema económico del masoquismo” donde Freud (1924/2006) reconoció que existe cierta cantidad de esa pulsión destructora que no se exterioriza sino que se liga libidinosamente con ayuda de la coexcitación sexual y da origen al masoquismo originario –donde se toma al propio cuerpo como objeto-.

No obstante la vía de la compulsión de repetición no será el único indicio que encuentre Freud para ponerse en el camino de la pulsión de muerte, sino que serán sus reflexiones sobre el Yo y el narcisismo lo que le asegurarán una predisposición diferente a la de la vida en el ser humano.

La parte inconsciente del Yo, es el Ello. Por los influjos del mundo exterior, el Ello tuvo que ser modificado dando lugar al Yo. La función del Yo consiste entonces en reemplazar el principio de placer por el principio de realidad. De esta forma el Ello corresponde a la pulsión. Durante el análisis se esperaba que después de vencer las resistencias que vienen del Yo, la enfermedad o el síntoma cesaran inmediatamente; sin embargo Freud dio

cuenta de que no funciona así, sino que al contrario el padecimiento parece no tener fin. De ahí que Freud estableciera que no solo es necesario vencer las resistencias que provienen del Yo, sino reelaborar la compulsión de repetición proveniente del Ello (Freud, 1923/2006).

Otra pista que pone a Freud (1915c/2006) sobre el terreno de una pulsión de destrucción es la existencia de perversiones tales como el masoquismo y el sadismo. Dichas desviaciones de la vida sexual muestran claramente que el binomio placer-displacer no puede sostenerse únicamente sobre lo reprimido sino que existen otros destinos para la satisfacción pulsional tales como el trastorno hacia lo contrario, vuelta hacia la persona misma y la sublimación.

Por otro lado la extrañeza de las perversiones cuestionó la teoría sobre el deseo reprimido conduciendo a la obra freudiana a modificar el principio de placer. Como primer ejemplo de perversión se encuentra el narcisismo; que en una cantidad exacerbada puede conducir a la destrucción de la vida. Su funcionamiento sustrae la libido del mundo exterior y la coloca en la propia persona, teniendo como consecuencia una resistencia al análisis en el caso de los neuróticos y una imposibilidad del mismo en las psicosis (Freud, 1914/2006).

En segundo lugar se tiene al masoquismo. En “El problema económico sobre el masoquismo”, Freud (1924/2006) establece que esta patología es incomprensible si el principio de placer gobierna los procesos anímicos de modo tal que su meta inmediata sea la evitación de displacer y la ganancia de placer (p. 165). En este texto Freud realiza un cambio conceptual sobre el factor cuantitativo del placer y displacer, por un factor de índole cualitativo. Es decir el placer y el displacer no se definen por el aumento o disminución de una cantidad de estímulo, sino por un factor cualitativo que no puede ser medido.

Finalmente es a partir de la pulsión de muerte que el psicoanálisis entra en un terreno aparentemente pesimista. Ahora se hace necesario revisar las consecuencias en términos de cura y transferencia que tiene la aceptación de una pulsión de esta naturaleza. Hasta ahora la pulsión de muerte deja una lección, no vale preparar y reforzar al yo; la resistencia no se termina en el momento en que se trae a la memoria el evento traumático, sino que se sigue un camino más allá del principio de placer. A raíz de esto, la visión sobre el ser humano se ve modificada, el hombre no busca su bienestar y es ahí donde se localiza lo escabroso de este tipo de pulsión.

Consecuencias para la clínica psicoanalítica de las distintas formas de concebir el inconsciente

Freud no anula el inconsciente como lugar del deseo reprimido con el inconsciente como pulsión de muerte, más bien aprueba a pensarlos en su falta de asimilación (Recalcati, 2007, p. 78). La introducción de la pulsión de muerte genera en la teoría freudiana una modificación a ciertos conceptos que resonarán en la forma de describir la etiología del padecimiento psíquico, la transferencia y la cura.

La primera reflexión que surge de la duplicación del inconsciente es respecto a la etiología del padecimiento psíquico. En los comienzos de su trabajo, Freud (1896/2006) se vio ante la dificultad de comprobar que la etiología de la histeria no tiene un origen físico sino uno inconsciente. Es así como comienza el problema, ya que mientras en medicina, “[...] la enfermedad tiene una tierra, tiene una patria que puede señalarse, un lugar subterráneo pero sólido, en el cual se anudan sus parentescos y sus consecuencias” (Foucault, 1966, p. 210), en psicoanálisis el inconsciente no puede ser ubicado sino solo “rastreado” a través de las manifestaciones que comunica el propio paciente.

El hecho de que Freud (1896/2006) haya encontrado en la asociación libre la clave para eliminar los síntomas que aquejaban a la histérica, produce la ilusión de que el inconsciente ya está dado y solo resta sacarlo de las profundidades para que su efecto sea desvanecido. No obstante tal ilusión se ve desvanecida cuando Freud (1920/2006) se ve confrontado con que *los pacientes no quieren curarse*. Es en ese momento que la etiología del padecimiento psíquico antes localizada en lo inconsciente se ve cuestionada. Es así como surge el planteamiento de un tipo de energía ilocalizable que mueve al organismo a eternizar el padecimiento y a ir más allá del principio de placer, al que Freud (1920/2006) da el nombre de pulsión de muerte.

Una de las consecuencias que tiene la introducción de este tipo de energía, y que Freud (1937/2006) detalló en “Análisis terminable e interminable”, es que la etiología de las neurosis deja de ser de índole meramente accidental (traumático) para pasar a ser también de índole constitucional (pulsional).

De esta forma el inconsciente no coincide únicamente con el proceso de la represión, ni la división del aparato psíquico puede resumirse a lo expuesto en la primera tópica donde: “desde el punto de vista funcional, una fuerza reprimida trataba de abrirse paso hacia la actividad pero era frenada por una fuerza represora; desde el punto de vista estructural, a un <<inconsciente>> se oponía un <<yo>>” (Strachey, 1961/2006, p. 5)

Por ese mismo tiempo otro descubrimiento que pone en movimiento a la teoría psicoanalítica es que Freud (1923/2006) reconoce dos –o tres- sentidos del concepto inconsciente que más tarde le permitirán presentar una nueva distribución del aparato psíquico y con ello otra forma de abordar la clínica. La primera definición corresponde a un sentido *descriptivo*, que expresa únicamente la cualidad de un estado psíquico de ser inconsciente; en cambio la segunda exposición concierne a un sentido *dinámico* en el que se atribuye a un estado psíquico determinada función. Por último corresponde un sentido sistemático, en el cual se reconoce al sistema inconsciente y se le señala con la abreviatura Icc. Debe tomarse en cuenta que en varias ocasiones Freud (1915a/2006) no realiza ninguna distinción entre el sentido sistemático y el dinámico (Strachey, 1961/2006).

Dispuesto lo anterior Freud (1923/2006) se ve en la necesidad de introducir una segunda tónica, cuya construcción comentan Laznik, Lubián y Kligmann (2011) no sustituye a la primera, sino que ésta está destinada a explicar nuevos fenómenos clínicos, como la compulsión de repetición y la reacción terapéutica negativa. La segunda tónica –Yo, Ello y Superyó-, “consistió en una división estructural de la psique basada en algo más que la función, una división en partes a las que podría atribuírseles ciertas características y modos de operaciones diferentes” (Strachey, 1961/2006, p.5).

A primera vista lo que resalta de esta segunda tónica es que Freud (1923/2006) reconoce en el yo un funcionamiento de índole inconsciente. Al reconocerlo como la parte del ello que ha sido alterada por la percepción, sus funciones: de examen de la realidad, de censura y del sentimiento de culpa, no solo pueden ser comandadas por el principio de realidad y por el propio yo, sino que de alguna forma el ello logra su control (Freud, 1915a/2006).

Hasta aquí se ha visto como la insistencia de la compulsión de repetición hizo a Freud (1923) reformular su concepción sobre la etiología del padecimiento psíquico. Es momento entonces de acudir a una segunda reflexión sobre la duplicación de lo inconsciente que sin duda resonará en las definiciones de cura y transferencia en psicoanálisis. Tal formulación comienza con la modificación que Freud (1915b/2006) hizo en su texto de “Lo inconsciente” al proceso de la represión:

El sistema icc contiene las investiduras de cosa de los objetos, que son las investiduras de objeto primeras y genuinas; el sistema Prcc nace cuando esa representación-cosa es sobreinvertida por el enlace con las representaciones-palabra que le corresponden. [...] Ahora podemos formular de manera precisa eso que la represión, en las neurosis de trasferencia, rehúsa a la representación rechazada: la traducción

en palabras, que debieran permanecer enlazadas con el objeto. La representación no aprehendida en palabras, o el acto psíquico no sobreinvestido, se quedan entonces atrás en el interior del Icc, como algo reprimido (p. 198).

Al respecto Freud (1923/2006) retoma en su texto “El yo y el ello”, que la diferencia entre las representaciones preconcientes (pcc) e inconscientes (icc) consiste en que estas últimas no han sido asociadas a una representación- palabra. Es decir que las representaciones inconscientes se encuentran en un estado de energía no ligada, y por tanto el camino que emprende el icc para llegar al pcc no supone que el primero *haya trepado* hasta la cc sino que tiene la posibilidad de enlazarse a cualquier representación- palabra haciéndose valer del uso de la metáfora y la metonimia.

El reto que pone la modificación al mecanismo de la represión y la introducción de una etiología pulsional en la contracción de las neurosis genera una nueva interrogante: ¿Qué debe hacer el clínico ante este tipo de energía que va más allá del principio de placer?

A pesar de que la cura para Freud (1937/2006) deja de ser definitiva y que el paso de un tratamiento psicoanalítico exitoso no protege a la persona de contraer luego otra neurosis, la única técnica de la que puede valerse el analista sigue siendo la asociación libre, la cual debe acompañarse de una atención sigilosa de la palabra del paciente. Ya que aún y cuando el psicoanálisis no puede servir como un medio profiláctico ni interpretativo, sí puede construir dentro del espacio analítico representantes-palabra para esa energía pulsional que se encuentra sin ligar y que en cualquier momento de la vida pudiera generar conflicto.

De igual manera las consideraciones que pueden hacerse en torno a la transferencia se enlazan con las resistencias que encontró Freud en sus pacientes por mejorar. Este obstáculo que ha sido tratado desde el inicio de estas reflexiones es lo que permite modificar una primera definición de lo que es la transferencia. En ella se explicaba la proyección de fenómenos reprimidos sobre la persona del médico, siendo “simples reimpresiones, reediciones sin cambios, de toda una serie de vivencias psíquicas anteriores (Freud, 1901/2006, p. 100). Será hasta 1914 que el sentido de la transferencia se vea transformado en el momento que Freud propone a la enfermedad como un episodio actual y no como un episodio histórico. Es decir la neurosis de transferencia, el amor de transferencia y la transferencia negativa deben tratarse como actuales, sin caer en la tentación de considerarlas simples repeticiones del pasado.

Finalmente se tiene que la duplicación del inconsciente es una muestra de cómo Freud fue construyendo el psicoanálisis, haciendo coincidir términos en apariencia opuesta para hacerlos converger en su práctica clínica. Dicho proceder nos exige continuar con la investigación del padecimiento psíquico haciendo necesaria la intervención de nuevos autores para esclarecer algunas paradojas aquí expuestas. Por lo tanto, y a manera de hilo conductor de futuras investigaciones se concluye con la aportación de Lacan (Le Gaufey, 2004), según la cual fue el concepto de signo⁴ a la manera de Peirce (Rome, 2006) lo que impidió a Freud vislumbrar el poder revolucionario de la pulsión de muerte y su acercamiento a las llamadas neurosis narcisistas en las que se aborda “otro tipo” de transferencia, la transferencia de angustia (Lacan, 1962-63).

Referencias

1. Deleuze, G. (1981/2002). *Repetición y diferencia*. Buenos Aires: Paidós.
2. De la Fuente, T. (1974). En *Diccionario Bíblico Elemental*. México: Casa Bautista de publicaciones. Recuperado de http://books.google.fr/books/about/Diccionario_Biblico_Elemental.html?id=nWslhuoU6WAC&redir_esc=y
3. Foucault, M. (1966/2004). *El nacimiento de la clínica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
4. Freud, S. (1896/2006). La herencia y la etiología de las neurosis. En *Obras Completas*, vol. III. Buenos Aires: Amorrortu.
5. Freud, S. (1900/2006). La interpretación de los sueños. En *Obras Completas*, vol. II. Buenos Aires: Amorrortu.
6. Freud, S. (1901/2006). Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas*, vol. VI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
7. Freud, S. (1906/2006). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. En *Obras Completas*, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.
8. Freud, S. (1914/2006). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
9. Freud, S. (1915a/2006). Trabajos sobre metapsicología. En *Obras Completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
10. Freud, S. (1915b/2006). Lo Inconsciente. En *Obras Completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

⁴ Signo es aquello que representa algo para alguien (Rome, 2006).

11. Freud, S. (1915c/2006). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras Completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
12. Freud, S. (1916-17/2006). 18a Conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente. En *Obras completas*, vol. XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
13. Freud, S. (1918/2006). El hombre de los lobos. En *Obras Completas*, vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
14. Freud, S. (1920/2006). Más allá del principio de placer. En *Obras Completas*, vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
15. Freud, S. (1923/2006). El yo y el ello. En *Obras Completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
16. Freud, S. (1924/ 2006). El problema económico del masoquismo. En *Obras Completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
17. Freud, S. (1937/2006). Análisis terminable e interminable. En *Obras Completas*, vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
18. Lacan, J. (1960). La pulsión de muerte. En *Los seminarios de Jacques Lacan*, vol. 7 . Recuperado de <http://www.slideshare.net/djalma-argollo/09-lacan-seminario-7>
19. Lacan, J. (1962-63). *Seminario X La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
20. Laznik, D., Lubián, E., y Kligmann, L. (2011). La segunda tópica freudiana: sus dimensiones clínicas. *Anuario de investigaciones*, 18. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16862011000100061
21. Le Gaufey G. (2004). ¿Es el analista un clínico? *Revista Opacidades Problematicidad de la clínica*, 3, 260-264.
22. Nasio, J. (2013). El inconsciente es la repetición. *Intersecciones Psi. Revista electrónica de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires*, 6. Recuperado de http://intersecciones.psi.uba.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=158:el-inconsciente-es-la-repeticion&catid=15:actualidad&Itemid=1
23. Recalcati, M. (2007). Meditaciones sobre la pulsión de muerte. En J. Alemán (Ed.), *Lo real de Freud* (p.73-94). Madrid: Circulo de Bellas Artes.
24. Romé, N. (2006). Conocimiento, ley e ideología en la noción de representación de Ch. S. Pierce. En *Semiótica, lógica y conocimiento. Homenaje a Charles Sanders Pierce*. México, D.F.: UAM.
25. Strachey, J. (1961/2006). Nota introductoria a El yo y el ello. En *Obras completas* vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Pérez González, et. al.

Recibido: 30 de abril de 2013
Revisado: 29 de junio de 2013
Aceptado: 2 de agosto de 2013